

El diccionario me hizo monófago

F. A. Navarro

No me duelen prendas en reconocer que los diccionarios, todos los diccionarios, me fascinan. Y me gusta, además de usarlos como obras de consulta, leerlos también de corrido, como si fueran una recopilación de cuentos. He de admitir, desde luego, que algunos —en especial los más lexicográficamente puros y asépticos, que es caso de frecuencia creciente— resultan tan aburridos y monótonos como un listín telefónico.

Entre un extremo y otro, tomo un diccionario cualquiera de la repisa de mi despacho, como puede ser el *Vocabulario tecnológico de medicina, cirugía y ciencias auxiliares* (1878), de Juan Cuesta y Ckerner, para intentar mostrar al lector, a través de un puñado de ejemplos, qué puede encontrar el traductor médico actual en un diccionario con más de un siglo de polvo acumulado en sus páginas.

Abro el diccionario y me admira, por ejemplo, su desprecio olímpico por la corrección política; ¿quién sería hoy tan osado como para publicar definiciones como estas tres que siguen?

albinismo. Los albinos son débiles, [...] viven poco y suelen ser hijos de padres cobrizos, negros o leprosos.

corea. [...] debilidad de nervios en que los enfermos caminan con una pierna arrastrando; están medio idiotas y agitados por convulsiones clónicas habituales.

histerismo. Enfermedad propia de la mujer [...].

O me sorprende encontrar en sus páginas centenarias, ya sea con idéntico significado («*macrobiótica*: parte de la higiene que trata de los medios de prolongar la vida») o con otro muy distinto («*apoptosis*: el acto de aligerar o aflojar un vendaje»), vocablos que hoy nos parecen el colmo de lo moderno y que uno hubiera creído bastante más jóvenes.

Me estimula a no cejar en el empeño de escribir *absorbencia*, *antiinflamatorio*, *cetoprofeno*, *microorganismo* o *posoperatorio* el comprobar que Cuesta escribía tranquilamente *eclamsia*, *meyosis*, *siquiatro*, *soriasis* o *terigoides* sin que nadie, al parecer, se rasgase las vestiduras. [Claro que también escribía *cautchuc*, *injurjitación*, *lujación* (por *luxación*), *mozedad*, *nitrógeno* o *púbero*, pero eso mejor me lo callo.] La ortografía española, en cualquier caso, no parece ser tan fija e invariable como quieren hacernos creer.

Me intriga encontrar no pocos lemas insólitos («*dinosaurio*: lagarto grande»; «*monicaco*: nombre despreciativo que se da a los chiquillos y hombres de poca formalidad y aplomo») y saber que el autor hubo de tener sus buenos motivos para incluirlos en su diccionario médico, aunque a mí hoy se me escapan.

Me extraña encontrar buen número de vocablos que conozco bien y uso sin problemas, pero de cuyas definiciones de 1878 no entiendo apenas nada, como si Cuesta y yo, médicos españoles los dos, pero separados por un siglo, habláramos idiomas distintos:

carbunco. Inflamación de carácter gangrenoso producida por la inoculación o introducción en la economía de elementos animales putrefactos.

simpático. Calificación dada a los nervios llamados trisplánicos por el importante papel que desempeñan en las simpatías.

En el caso de esta última definición, por cierto, los términos empleados debían de ser tan archisabidos y tan del dominio común que ni *nervio trisplánico*, ni *trisplánico*, ni *simpatía* tienen entrada propia en el diccionario. ¿Sería capaz de entenderme yo hoy con un médico de la época de mis tatarabuelos? Difícil lo veo, dada la gran cantidad de tecnicismos que desconozco (*aitemoma*, *caliptero*, *cucufa*, *epiala*, *estrofosa*, *flejimentitis*, *hidaticoco*, *iscnocia*, *loimagrafía*, *mojislamismo*, *osmazoma*, *perideuta*, *ropalosis*, *sedematoso*, *xerotribia*, *zoopónica*, etc.); no todos ellos, por cierto, inservibles o superfluos, pues tal vez podrían volver a sernos útiles:

mangonización. Palabra usada por algunos médicos para significar la alteración de un medicamento.

Sobre todo cuando sirven para calificarnos a nosotros mismos y designan una característica propia de la que ni tan siquiera éramos conscientes. De no ser por Cuesta y Ckerner, por ejemplo, hubiera podido seguir toda mi vida siendo monófago sin llegar jamás a ser consciente de mi pertinaz monofagia:

monófagos. Los que comen solos, sin criado que los sirva.